

## EMILIO CARRERE: ADIOS A LA BOHEMIA

*Por José Montero Alonso*

Conferencia pronunciada en la Fundación Universitaria Española el día 3 de Marzo de 1982.

Silenciosamente, como de puntillas, ha pasado ante nosotros la sombra de Emilio Carrere, en el año de su centenario.

Nunca sabemos, naturalmente, cuando un nuevo año inicia su andadura, qué alegrías o qué duelos nos traerá. Ignoramos qué vida, de entre las que cada día nacen, aportará a los hombres un mensaje de luz o de emoción.

En 1881 nacieron Juan Ramón Jiménez, Eugenio D'Ors, Gregorio Martínez Sierra, Fernando Villalón, Pedro Muñoz Seca, Emilio Carrere... Algunos de estos escritores ha sido, sí, recordado, con la debida justicia, al conjuro del centenario. Sobre otros han caído el silencio y la indiferencia, dando así, una vez más, la razón a quien dijo un día que los españoles mueren dos veces: por su propia muerte física, natural e inevitable y, en una segunda muerte, por la ingratitud de sus compatriotas.

Es justo, sin embargo, decir que con un noble espíritu de reparación de tal actitud, esta Fundación Universitaria Española viene evocando desde esta tribuna la vida y la obra de algunos —de muchos— de esos olvidados, de esos desconocidos. En esa línea, hoy, va a erguirse ante nosotros la silueta de Emilio Carrere: un poeta humanísimo, figura clave y esencial de una parcela de nuestra lírica, símbolo de un ambiente —la bohemia— que en él alcanza la cota más alta y con él desaparece. Las vidas que se entregan ilusionadamente al arte, con daño incluso a veces del propio beneficio material, no merecen quedar sepultadas definitivamente en esa región de sombras en que —digámoslo a la manera becqueriana— habita el olvido.

Pertenece Emilio Carrere al tipo de existencias palpitantes de contenido vital y acentos personales. Representa, en lo literario y en lo humano, un estilo, un modo. Evoca un Madrid, un determinado Madrid —dicho con mejor exactitud— y evoca una hora de nuestro primer cuarto de siglo. Y entre tantas vidas perdidas, tranquilas y grises, la suya es una vida honda, tensa el alma en un perpetuo sueño, extáticos los ojos ante las estrellas, clavado el pensamiento en la noche, desvelado el corazón ante el eterno femenino. Nos ha quedado de Emilio Carrere una imagen clásica, que muchos recuerdan todavía. Esa imagen, en lo exterior, le acompañó siempre: la capa, el sombrero de ala amplia, la pipa. La bohemia, en fin. La bohemia de 1905, de 1910. Un Madrid distante y un ambiente literario distante también. ¿Hasta qué punto esa bohemia externa —la capa, la pipa, el sombrero de ala grande, con algo de airón romántico— es también la bohemia del espíritu? Si la bohemia es, tradicionalmente, el alegre desorden, la imprevisión y la improvisación, el

desentenderse de muchas cosas que no sean el propio capricho, ¿hasta qué punto se vinculó esto a los días y el espíritu de Emilio Carrere? Iremos, a lo largo de las palabras de este anochecer, intentando dar alguna respuesta a tales interrogaciones.

Nace en 1881. El 18 de Diciembre: cuando la ciudad, como todos los años, se ilusiona con la Lotería cercana y con el gozo de la Navidad que empieza a encender sus candelillas y sus villancicos en los hogares. En cafés y redacciones se habla del éxito teatral del año: "El gran galeoto". Va a despedirse Diciembre y se anuncian ya los bailes de los Carnavales próximos. Hay muchas sociedades dedicadas a esta alegría de bailar. Se llaman, por ejemplo, La Criolla, Bocaccio, La Doctora Escolar, Excelsior, El Dominó, El Gavilán, La Incógnita, El Mochuelo...

Nace Emilio Carrere en la calle del León, número 4: el barrio que él, andando el tiempo, cantará muchas veces; y que es el que vio caminar a Lope, a Cervantes y a Quevedo; el barrio en que el capitán Cadalso quiso desenterrar a la actriz María Ignacia Ibañez, en un rapto de amor enloquecido, y en que se casaron Gustavo Adolfo Becquer y Casta Esteban.

Cuando nace Emilio Carrere, la madre muere en el trance. No conocerá, por tanto, el futuro poeta la ternura maternal. ¿Es acaso ésta la razón de que en su obra, tan rica en motivos diversos, falte el tema de la madre?

Es, ya se sabe, un rubeniano. Rubén Darío es el ídolo de esta primera parte del siglo, y Carrere sentirá su sombra muchas veces sobre versos, ritmos e imágenes. Cuando el poeta madrileño evoca un día su infancia, el eco del nicaragüense está en sus versos. Rubén había escrito:

"Yo supe de dolor desde mi infancia.  
Mi juventud, ¿fue juventud la mía?  
Sus rosas aun me dejan su fragancia:  
una fragancia de melancolía".

Y Carrere, al evocar su infancia de los años ochenta, escribe:

"Yo fui un niño enfermizo, pálido y enlutado,  
que demasiado pronto conoció la tristeza  
del trágico y grotesco dolor de la pobreza.  
Yo he dormido en los bancos de un parque abandonado".

Mas los poetas fantasean siempre. Se crean un mundo suyo, que va bien a su condición imaginativa, distinta de la condición de todos. Y Carrere, a pesar de sus versos, no fue un niño enfermizo. Pálido y enlutado, sí. La palidez y el luto le acompañaron siempre. Su rostro era un rostro pálido, redondo, como de luna llena y absorta, y vistió siempre de negro o de oscuro. Y con capa de embozos azules. El mismo escribirá un día: "Viejo tabardo glorioso - de Verlaine y de Villon. — ¡Qué bien tu el penoso - drama de mi corazón".

Es, todavía, este tiempo de la infancia de Carrere el tiempo de los preceptores, como en una resonancia de los días dieciochescos. Y Carrere tiene un preceptor. Y aprende perfectamente el francés, que hablará siempre con excelente corrección y que le permite conocer y leer muy pronto los grandes poetas franceses, que tan acusadamente van a influir en él. En su casa hay

después altibajos de fortuna, azares y dificultades. Hay, sobre todo, la inquieta condición de Emilio, que sueña siempre, que imagina una vida diferente y novelera, que se escapa idealmente, queriendo vivir su noche del sábado: el fascinante aquelarre que asusta a los burgueses de finales de siglo, pero que a este adolescente de Madrid le llama desde muchas esquinas.

Es, en fin, la bohemia. “Es menester —escribirá un día, a propósito de Carrere, el extraordinario cronista “Andrenio”— que haya envejecido mucho un alma para que no quede en ella un rinconcito donde pueda brotar la florecilla nostálgica de la bohemia. La vida más monótona, más regulada, más gris, más agarrada al suelo por raíces utilitarias, recibe alguna vez la visita de los sueños y experimenta la tentación de la fuga de sí misma... En España ha habido una cierta bohemia castiza, no metafórica ni poética, una especie de gitanería de elección. Fue la picardía, que de la realidad de las costumbres pasó a la novela. La bohemia literaria fue una especie más noble, como hija del idealismo. Consagraba la independencia, el desinterés, un arrebatado culto al arte y a la pasión. Era el bohemio romántico militante, con un nuevo nombre. Lo malo de la bohemia era y es la falta de disciplina del esfuerzo, la pereza, el despilfarro del ingenio en las conversaciones de café, y a veces el retorno al sentido original de la bohemia, a la gitanería o a la picardía. El bohemio solía ser en literatura la cigarra de los fabulistas. Se dijo de la bohemia que era la antesala de la Academia, del Hospital o de la Morgue, aludiendo al depósito de cadáveres de los suicidas. La bohemia era una iniciación y hasta una levadura necesaria. Una juventud sin un grano de bohemia es una juventud mustia, triste, calculadora, apolillada ya”.

Esa bohemia de que con tan exacta palabra habla el maestro “Andrenio” entra, como un viento alucinado y ardiente, en la vida del escritor, cuando éste es muy joven aún. Una muchacha de teatro —unos ojos muy bellos y un poco tristes— le arrastra a la vida errante de la farándula por los pueblos. Ingresa en una compañía que dirige un viejo actor romántico, Juan Casañer. Interpretan teatro en verso. Entre las obras, “Don Alvaro o La fuerza del sino”, que es el drama que sobre todos gusta a Carrere. Los domingos, la modesta compañía se desplaza a los pueblos. Va, a la manera clásica, en una carreta. Un recuerdo de esta vida escénica por caminos y aldeas se hallará en la obra teatral “El carro de la farándula”, que el poeta escribió y estrenó unos años después.

A veces, la compañía de Casañer trabaja también en Madrid. Representan un día —es al final del año— “El nacimiento del Mesías”. Es un teatrillo de barrio, el Barbieri, en la calle de la Primavera. Al muy joven actor Emilio Carrere le han dado un papel de Rey Mago. Tiene que decir en escena simplemente dos quintillas. Pero esta clase de estrofa no gusta al intérprete, que conoce ya a muy buenos poetas franceses y ha leído también a Rubén Darío. Carrere escribe entonces ocho endecasílabos y se los entrega al apuntador de la obra, para que se los diga cuando el momento llegue.

Es ya la escena en que el Mago ha de declamar su pequeño parlamento ante el Niño Jesús. Pero Carrere, al decir sus propios versos, se equivoca. No acierta a enmendar el error, su confusión sube de punto y el público protesta y grita. El joven actor es despedido de la modestísima compañía a que le habían arrastrado, junto a su propia condición inquieta, unos ojos femeninos, bellos y un poco tristes.

“La obra del duque de Rivas —recordará un día el escritor— es la causa de que yo sea poeta. Está ligada a un momento, el más ingenuo, el más precioso, el áureo momento de mi vida sentimental. Yo quería ser actor, yo soñaba con ser un gran actor, y estaba enamorado del “Don Alvaro”. Delante del viejo profesor, aquel don Juan Casañer, el noble hidalgo que presentaba su miseria y su decadencia artística en el tablادillo de Barbieri, junto con bailarinas y cupletistas, yo recitaba las célebres décimas del caballero del fatal destino. El viejo histrión, que sufría el dolor de sobrevivirse, me infundía el amor a los sonoros versos del teatro romántico.

Después, yo dije aquellas estrofas, de feria en feria, en lamentable farándula, por las mondas tierras de Castilla. Era la pobreza del titiritero, la grotesca tristeza del histrión, mal huésped de todas las posadas, desdeñado por cuantos tienen su ajuar, su limpio lecho y el pan a manteles; el que duerme, por tres monedas de cobre, sobre los sacos de paja, en los mesones del camino. Yo sentí por vez primera la emoción de la poesía recitando los versos de don Alvaro, sobre los tablادillos improvisados con vigas y colchas en los pueblos más bárbaros y escondidos. Nadie comprendía mi emoción; pero yo ponía un entusiasmo y una fuerza de juventud cuya lumbre parece que ya se ha apagado para siempre. Al cabo de diecisiete años —fue ayer, y parece que ha pasado toda una vida— oigo las estrofas armoniosas como una voz mágica que resuena en las encantadas galerías de mi alma. Y unos bellos ojos de mujer brillan en medio de la evocación como dos estrellas milagrosas. ¿Qué será de aquella gentil farandulera que era Leonor en el drama romántico, a la que yo hablé de amor junto a todos los olivares de la tierra toledana? Se llamaba Julia Calderón la gentil trotatierras, la que era heroína de las más altas tragedias, y después iba por los caminos, con el hatillo de juglaresa a la espalda, bajo el ciego sol de Julio, y dormía en las posadas cerca de las bestias, entre las jalmas de un arriero... Yo ponía todo mi espíritu y la gente se reía de mí, me pedían que bailase y que imitase a la rana, y disparaban hortalizas sobre mi morrión de valiente granadero. Yo lloraba y me sentía incomprendido. Me creía un gran actor romántico que había llegado tarde, cuando la sensibilidad de la chusma estaba embotada por retruécanos y vales de opereta idiota”.

Ya no volverá a recitar en el escenario versos ajenos. Escribirá los suyos propios, para decírselos a sí mismo en silencio o para decirlos en voz baja, confidencialmente, en un café recóndito o en una calleja tranquila, bajo la noche. Escribe mucho. Llama a muchas puertas. Mas nadie le escucha, nadie le abre. Ha comenzado un nuevo siglo. Emilio Carrere publica en 1902 su primer libro, al que titula “Románticas”. Versos de amor y de bohemia, de noche y de luna, de ambientes turbios, de sueños imposibles, de musas pálidas en los bajos fondos.

El nombre del escritor aparece ya de cuando en cuando en algunos diarios y revistas. Carrere cuenta ahora poco más de veinte años. El padre ha querido hacer de él un hombre de vida ordenada y segura. Ha estudiado en la Escuela Politécnica y en la Facultad de Filosofía y Letras. Tiene un empleo en el Tribunal de Cuentas. Pero nada de esto rima con su condición rebelde, con su espíritu amigo de la noche y la aventura, con su *bohemia* en fin.

En 1909, un nuevo libro, el que consagra definitivamente al escritor como intérprete y capitán de la bohemia literaria. El libro es “El caballero de

la muerte". Se insertan en él algunas de las composiciones más expresivas del poeta: entre ellas, la que da título al volumen y, sobre todo, "La musa del arroyo", que muchos poetas jóvenes aprenden de memoria y que es un poco el breviario de esas vidas que viven al margen de convencionalismos y rutinas. Una composición sincera, descarnada y desolada:

"Pobre voluntad, rendida  
al dolor de la pobreza.  
¡Oh, la infinita tristeza  
de la amada mal vestida!  
Palabra de amor, que esconde  
la llaga que va sangrando,  
y andar, siempre andar.  
¿Adonde? ¿Y hasta cuando?..."

Es ésta, en el ámbito literario, la gran hora del escritor. Cafés y cafetines, una imagen que va haciéndose popular —la capa, la pipa, el amplio sombrero, el traje negro siempre—, versos que los nuevos poetas que hacen coro al maestro repiten conmovidamente, paseatas bajo las estrellas... El mismo recordará un día esa hora, uniéndola a la estampa de los cafés de entonces:

"Bohemia del año diez: chambergos, pipas,  
melenas y pergeños arbitrarios;  
en honor de Rubén se quemaba un incienso  
de exaltación y ensueño en todos los cenáculos.  
Nuevo Levante, alegre Parnasillo;  
Bethoven, Grieg o Schubert en el viejo piano,  
melenas merovingias de Valle-Inclán, monóculo  
de "Azorin", el pequeño filósofo; mostachos  
de Camilo Bargiela, y Godoy, el poeta,  
un caballero pálido,  
bajo un negro capuz, que de un museo  
de figuras de cera parecía arrancado;  
y Cornuty, un fantasma del París decadente,  
ebrio siempre de ajeno verleniano;  
Baroja, huraño y con su barba rala  
y atestado de libros el tabardo;  
y Alex Sawa, el magnífico, con su capa bohemia,  
que en él era una clámide de emperador romano,  
cabeza a lo Daudet, barba y melena,  
y en la aquilina frente, como un astro,  
el beso de Hugo... Y Dora, la modelo,  
con su perfil de diosa, y el cabello dorado.  
Viñeta "modernista", que ya está trasnochada  
y sepultada bajo tantos años,  
en los que alegremente no escuchamos al Tiempo  
que al lado nuestro iba cavando.  
Por nuestra juventud, que ya es sólo un fantasma,  
lloremos en las ruinas de los cafés románticos.

Rinconcito apacible  
de los cafés de barrio,  
rojo peluche en los divanes,  
versos y monigotes en las mesas de mármol,  
parejitas amantes en todos los rincones.

Los espejos copiaban rostros apasionados  
 con ojeras de lirio. El violín lloraba  
 al compás de las lágrimas de marfil del piano.  
 Niñas cursis que oían "El anillo de hierro"  
 —croquis ramplón que tiene cierto encanto  
 de poesía humilde—. Domingo por la noche  
 en el café del Prado o en el de San Bernardo.  
 Y aquella morenita de ojos de Dolorosa,  
 ¿se llamaba Martirio, o Carmen, o Sagrario?  
 Era un nombre español, atormentado y triste,  
 y oloroso a azúcares de místico retablo.  
 He olvidado su nombre, pero, al pensar en ella,  
 el sabor de sus besos me perfuma los labios.

Por aquella muchacha, que ya no será bella,  
 lloremos en las ruinas de los cafés románticos".

A "El caballero de la muerte" siguen otros libros de versos: "Nocturnos de otoño", "Del amor, del dolor y del misterio", "Dietario sentimental", "Los jardines de la noche", "La copa de Verlaine", "Los ojos de los fantasmas", "La canción de las horas"... Pero la producción del escritor va en cierto modo disminuyendo en intensidad. Acaso porque la vida misma está cambiando. Acaso también porque la bohemia, fondo de tantos versos y temas de Carrere, está esfumándose también, vencida por ambientes nuevos, por nuevos modos literarios y editoriales.

Carrere, en cambio, se dedica cada vez más a la prosa. Está de moda la novela breve. Su éxito en estos años que van de 1915 a 1930 arranca de la aparición de una serie especialmente dedicada al género: *La Novela Corta*. Aparece los sábados, se vende a cinco céntimos y su éxito es, desde el primer momento, explosivo, torrencial. Ciertamente que el género tenía precedentes, como *El cuento semanal* y *Los contemporáneos*. Mas lo excepcional es el precio —cinco céntimos— y que por esta cantidad mínima se ofrezcan originales de las grandes firmas: Galdós, Baroja, Unamuno, Benavente, Blasco Ibañez.... Al lado de éstos, que la nueva publicación llama "insignes novelistas y dramaturgos", *La Novela Corta* anuncia a los "jóvenes maestros" Ramón Pérez de Ayala, Eugenio Noel, Joaquín Belda, Pedro de Répide, Antonio de Hoyos y Vinent, Federico García Sanchiz... Y, entre esos jóvenes maestros, Emilio Carrere.

Publica éste un original titulado "Bienaventurados los mansos". Es el número 16 de la revista. Y se publica el día 29 de Abril de 1916. Un sorprendente, misterioso hecho. (Carrere se sintió siempre atraído por los enigmas de la vida, por esas mil pequeñas o grandes cosas a las que el hombre no acierta a dar explicación racional). Su novela aparece en Madrid un 29 de Abril. Es un relato amargo, cruel, pero, como siempre en la creación del poeta, con un espíritu de piedad sobre las lacras humanas. Cuando, una treintena de años más tarde, llega al escritor la hora de la cita con la muerte es, también, un 29 de abril: el mismo día en que él había publicado su original primero en "La Novela Corta".

Son, a partir de entonces, muchas sus novelas cortas en las publicaciones de la época. Las va recogiendo después en libros: "La tristeza del burdel", "Elvira la espiritual", "Las sirenas de la lujuria", "Los ojos de la diable-

sa"... Son relatos descarnados, casi siempre de bajos fondos madrileños. Pasan por sus páginas vagabundos, buscavidas, pícaros, covachuelistas, mendigos, organilleros, chulos, hampones, mujeres del amor sin amor... Es todo un abigarrado, desgarrado, palpitante retablo entre barrojiano y solanesco. Sobre él, con frecuencia, sobre su turbio fondo de malas pasiones, crueldades y miserias, Carrere pone un acento de generosidad y ternura. Idealiza en lo posible un mundo oscuro, triste y desesperanzado. "Yo he copiado —escribe— el dolor o la caricatura que pasaban por mi lado. Nada ha habido de inventiva ni de creación de caracteres. La vida fue mi maestra de hacer pequeñas novelas; yo puse un poco de corazón para comprender el dolor de mis personajes. Todos ellos vivos andan por el mundo. Me quieren poco porque he sacado su historia a la vergüenza. Hasta los más miserables tienen el pudor de enseñar su alma desnuda.

He procurado hacer la novela anecdótica con la risa y el llanto cotidiano, con las gentes que yo conocía. Soy, pues, el titiritero que mueve sus muñecos vivos, poniendo una rosa de poesía sobre el dolor de los burdeles y una ilusión de gloria sobre los soñadores fracasados, los pobres polichinelas de la tragicomedia del arte y de las clásicas hambres literarias".

Pero no faltan, junto a la creación novelesca, los versos. Como no falta el amor en las horas del poeta. Nombres imaginados enmascaran los nombres verdaderos en la poesía de Emilio Carrere. Es todavía un tiempo en que las mujeres escriben a los escritores, iniciando sentimentales epistolarios, que a veces tienen consecuencias más allá de lo simplemente literario. "María del mar", por ejemplo, es el nombre que poéticamente corresponde a una mujer real. La carta al escritor, el conocimiento, la pasión, la separación finalmente. Emilio Carrere lleva a algunos versos suyos aquel violento amor que ha encendido sus horas:

"Mi María del Mar! ¡Mi María del Mar!  
 En mi jardín de otoño tu eras la última flor.  
 No le digas a nadie que me has visto llorar.  
 Lloraba en tí mi gloria, mi juventud, mi amor.  
 Lo pudiste ser todo para mí, y no quisiste.  
 La vida se ha burlado del hondo sentimiento  
 del poeta. Este amor, tan divino y tan triste,  
 es ya sólo un castillo de naipes en el viento.  
 Es alta noche. Pienso que jamás he de verte.  
 ¡Qué terrible la noche! ¡Qué siniestra la luna!  
 Me atraen más que nunca las simas de la muerte.  
 Y en esta gran tormenta de mi vida irrisoria  
 veo un rostro de nardo dormido en una cuna,  
 y el fantasma de Larra se va de mi memoria.

He aquí, en los versos finales del soneto, algunos de los motivos capitales de la poesía del escritor: la noche, la luna, la muerte. Más junto a ellos, también, un tema nuevo, generalmente apenas advertido en su obra: los niños. El escritor ha pensado en el suicidio, en la pistola de Larra. Pero "veo un rostro de nardo dormido en una cuna", y el fantasma de la muerte voluntaria se va de él. Siente los niños, pero a la vez ve en ellos el hombre futuro, el dolor de más tarde:

“Cuando veo dormidos a mis hijos pequeños  
siento una gran desolación.  
Qué poco os durarán vuestros azules sueños  
y la paz en el corazón”.

Le entristece la visión del niño que sufre, que conoce demasiado pronto la crueldad de la existencia:

“Dormid; por vuestras frentes cruzan azules sueños,  
un ángel blanco arrulla vuestras almas inciertas.  
Al mecer vuestras cunas pienso en esos pequeños  
que duermen en los quicios de las calles desiertas.  
Y tengo mucho miedo a morir... Mi cariño  
es escudo que guarda vuestra infancia florida.  
Y no hay cosa más triste que los ojos de un niño  
que se entera tan pronto del dolor de la vida”.

Hay también en su poesía, además de este tema de los niños, otro, que apenas han advertido tampoco los que se han acercado al escritor: su fe, su anhelo de Dios, su creencia en algo que no acaba cuando la vida se extingue. Por debajo de la embriaguez sensual y de la pagana alegría de vivir palpita en algunos de sus versos un viento ascético. Allí, en Valldemosa, Rubén Darío había sentido el afán de poner sobre su existencia atormentada la pureza de los cartujos. También Emilio Carrere, tan influido por él, escucha en sí mismo una ardiente voz interior que le pide una vida distinta:

“ ¡Oh! Quién pudiera ser un monje solitario  
en este claustro ungido de hondo recogimiento,  
con un pardo sayal y un piadoso breviario,  
y en paz el corazón y en paz el pensamiento.  
Tener un crucifijo y un cráneo amarillento  
sobre las viejas páginas de un místico glosario,  
y oír llegar la muerte, paso a paso, en el lento  
desgranar de las horas del viejo campanario.  
Y sentir que el espíritu se enciende como un cirio  
a los pies de Jesús, y adorar el martirio  
de la carne, roída de pecado mortal.  
Y de noche, extasiado por la mística lumbre  
de los astros, sentir que de mi podredumbre  
vuela la misteriosa mariposa inmortal”.

Muchas veces la vida se le hace áspera, y la carne le clama con voces aullantes, y el tedio se le enrosca al alma. El poeta vuelve entonces los ojos a Jesús:

“Jesús, el de la yerma calle de la Amargura,  
para llevar mi cruz, dame tu dulcedumbre;  
siete veces al día siento la mordedura  
del Diablo en mi sensual y triste podredumbre.  
Son como siete cuervos de la noche eternal,  
que hacen a la paloma de Psiquis prisionera,  
las siete horas del negro horologio del mal.  
Y es mi carne una triste e hirviente gusanera.  
Roido de pecados, torno, Jesús, a Ti,



apóstol del amor, blondo y dulce Rabí.  
 La pena de vivir es una negra pena.  
 La carne está dolida, y mi alma pecadora  
 ve apagarse su lámpara del ideal, y llora  
 abrazada a tus pies, como otra Magdalena”.

Casi nunca falta, en realidad, en la obra del escritor un acento de piedad y de fraternidad, de amor a los seres humanos, aun a los más caídos y lamentables. Por eso el gran crítico “Andrenio” pudo reconocer en sus versos “cierta vaga emoción religiosa, teñida de franciscanismo. Los hijos de San Francisco —añadía el escritor— fueron, en la edad de Oro de la Orden, los bohemios del mundo religioso”.

A medida que el tiempo pasa, un tema va acusándose con intensidad, efusión y extensión crecientes en la creación de Carrere: Madrid. Era, antes, un Madrid que él amaba y sentía. Ahora, es un Madrid al que él estudia e interpreta. Rebusca en bibliotecas y en papeles antiguos, en los recuerdos de los viejos amigos, en las crónicas de las épocas desvanecidas. Tipos, costumbres, curiosidades. Y leyendas, naturalmente, que es lo que se presta mejor al vuelo imaginativo y a la gracia de la prosa. ¡Qué romántica fluidez cobran en las páginas del escritor estas historias del espadín del Caballero Guardia, del reloj de San Plácido, del amor patético del capitán Cadalso y María Ignacia Ibañez!

Todo ello va cobrando vida desde los cafés. Siempre escribió en ellos. Era como un instinto, como una fuerza superior a él. Alguna vez, en la casa, la esposa, los hijos le prepararon un despacho ordenado y confortable: muebles acogedores, libros fáciles de encontrar, luz discreta, silencio. “¡Verás qué bien y qué a gusto podrás trabajar ahora!...” “Sí, sí”, decía el escritor contemplando el sosegado, abrigado, íntimo paisaje hogareño para su labor. “Pero...” Y cogía unas cuartillas y se iba a la calle a seguir escribiendo en los cafés.

Estos fueron, especialmente, el del Prado —al que a veces iba don Santiago Ramón y Cajal—, el de San Bernardo, al que llamaban popularmente las *Beatas*, Platerías, el de la Concepción —un café con música: es el de la benaventiana “Losa de los sueños”—, el Español —música también, con un pianista ciego y, algunas tardes, en una rinconada, la tertulia de los hermanos Machados—, el Europeo, el Comercial, el de San Millán, el de las Salesas...

Los viejos cafés iban cambiando, desapareciendo a veces. Su muerte inspiraba un requiem literario al escritor, y él continuaba asistiendo a los que quedaban. Los últimos que frecuentó fueron el Varela, al que asistían muchos poetas jóvenes, y el Castilla, que tenía, además de su cotidiano público cambiante, tertulias también de escritores, artistas y comediantes, sobre todo a la madrugada, cuando se apagaba la vida teatral y se encendía la alegría del juego, en unas salas decoradas con las caricaturas de los rostros más populares de la vida madrileña.

Ha ido quedando lejos el Madrid del año 10, el de Emilio Carrere. España, Madrid son ya otros, 1936. La guerra. Vive el poeta, esos días, en el paseo de Rosales, en el número 80. Amenazas, registros, terror. “No te preocupes; estás bajo mi protección”, le dice un poeta camarada de los días bohemios, Pedro Luis de Gálvez, convertido ahora en enardecido capitán revolucionario. Mas ya se sabe lo que en este Madrid trágico de 1936 son esas *pro-*

*tecciones*. Emilio Carrere tiene miedo, siente el escalofrío del odio desatado. La guerra está, además, allí mismo, a las puertas de su casa. Rosales va a ser ya frente de guerra.

“Desde el 18 de Julio —escribe— yo me consideraba muerto. Esta noche —me decía—, acaso mañana. El fin era una cosa fatal. Todo mi esfuerzo espiritual se concentraba en sucumbir de una manera digna, en silencio, con cristiana y serena conformidad. Me recitaba todas las noches los versos de Jorge Manrique, para confortar mi alma:

“Que querer hombre vivir  
cuando Dios quiere que muera  
es locura”.

El escritor busca una nueva casa y la encuentra en la avenida de Menéndez y Pelayo. Un diplomático peruano amigo se brinda a hacer algo por el escritor y los suyos. En la puerta del piso hay un papel indicando que la casa tiene la garantía diplomática. Quizás pudiese lograrse que Carrere saliera de España, con el pretexto y la ocasión de unas conferencias. Más él no quiere marchar de Madrid, no puede dejar solos a la esposa y los hijos. Sabe, además, que están buscando a alguno de estos. Son para él jornadas de angustiosa incertidumbre. Y, un día, la Providencia surge: el doctor León, que está en un sanatorio situado en la plaza de Mariano de Cavia, se brinda a acogerle allí, para librarle del encono revolucionario. Es un sanatorio psiquiátrico. En él había muerto, unos cuantos años antes, Mariano de Cavia.

Emilio Carrere se finge un perturbado más, como otros de los que allí se encuentran. Es, ante los enfermos, ante los enfermeros, ante las patrullas que de vez en vez llegan en busca de la presa codiciada, otro extraviado. El doctor León ha de enfrentarse a veces ante los que quieren llevarse al escritor. “Es un enfermo, y no sale de aquí”.

Conoce esos días allí a tipos muy pintorescos. Manías extrañas y obsesiones persecutorias danzan en torno suyo, ese verano de 1936, una zarabanda alucinante. Lo que él pintó tantas veces en sus novelas palidecía al lado de aquel mundo palpitante y vivo de la locura. Y así, como un loco más, puede salvarse de la persecución. Pasada la fase aguda de esta, vuelve a la casa. Pero ya nunca saldrá de ella, hasta que llegue la paz. No escribe, a lo largo de ese tiempo, casi nada: apenas más que un par de poesías. Lo que en cambio hace, para combatir el vacío infinito de aquellas horas de duelo, congoja y esperanza, es leer, leer mucho: libros de Matemáticas, sobre todo.

Con la paz, torna a escribir, con ilusión renovada. Hace una sección cotidiana en el periódico “Madrid”. Su “Aquí, Madrid” se convierte rápidamente en la sección más popular y leída de la prensa de la capital. Cartas numerosas llegan todos los días para el escritor. El sonrío, da una chupada a su pipa y se encierra en el Círculo de Bellas Artes, en Varela o en Castilla, para escribir su pequeña crónica de cada día. A lo largo de esa etapa, en la que el escritor, el antiguo bohemio desordenado, no falla una sola vez, llega a escribir más de dos mil artículos.

Pero Carrere tenía concertado un encuentro con “el enamorado que nunca falta a la cita”, como él había escrito en su primer libro importante. Ese Caballero de la Muerte se le acercaba ya con paso tácito. Un primer ata-

que de hemiplejía, que le repite más tarde. No llega el escritor a recuperar la palabra de un modo total. La mano escribe torpemente, dificultosamente. Palabras a lápiz, a veces trazos irregulares nada más en las cuartillas que los familiares le acercaban. Algunos nombres de amigos, interrogaciones angustiosas, rasgos ininteligibles. Un día, escribe con lápiz, sobre una cuartilla: "Copiadme el Padre Nuestro".

Aún trató de escribir un artículo, que quedó inacabado. Un escritor amigo, Luis de Armiñán, le había dedicado una crónica en un diario barcelonés. Y Carrere quiso responderle. Pidió a sus familiares, por gestos, por señas, unas cuartillas y un lápiz. Escribió una cuartilla y parte de otra. La letra era desigual —no—aquella letra menuda, armoniosa, apretada, casi tipográfica de otras veces—, con palabras que se repetían, con otras que no se entendían bien y de las que luego ni él mismo llegaba a acordarse. Ese último artículo incompleto tenía algo de confesión. "Es bonito —decía en él— eso de haber vivido como una cigarra, cantando en una eterna primavera nada menos. Y es triste que nuestro horario marque la hora de la compasión. Cantar en verano y purgar en invierno, porque no he sabido guardar. Haber cantado en vez de haber trabajado. Es lo que se dice periodísticamente de los cómicos que han brillado y han muerto sin dinero. Un tópico sentimental que yo he escrito muchas veces. Ahora, el tópico se ha vuelto contra mí. No soy una cigarra. He ganado dinero, y he tenido una herencia, y he aventado el dinero. Pero, ¿he vivido yo siempre cantando? ¿He cantado yo siempre en la hora de Agosto sin acordarme de la hora de Diciembre? ¿Soy pobre en el crepúsculo porque no he trabajado en la aurora? Es bonito eso de pasar con una leyenda de cigarra, pero yo no quiero. Me parece injusto que me llamen así, precisamente cuando el mal que me aqueja me ha sorprendido casi con la pluma en la mano, cuando después de casi medio siglo llevo seis años escribiendo un artículo diario para "Madrid", para "Diario de Barcelona", para la Delegación de Prensa. Después de libros de versos y novelas. ¿He sido yo cigarra? ¡He sido hormiga! De modo que si ahora no soy muy rico, no es por culpa mía. ¡Hormiga hasta la rotura de un aneurisma, amigos míos! Porque me muero con la estilográfica en la mano...".

Ya no escribe más. Son esas sus palabras finales, en el umbral de la hora del tránsito. Aún quiere trasladar a otra cuartilla lo escrito, mas apenas puede pasar de unas cuantas líneas. La mano es torpe para traducir lo que el pensamiento quiere. Muy poco después, la muerte. Es, curiosamente, el 29 de Abril de 1947: el mismo día en que él, una treintena de años antes, había publicado su primer relato breve en "La Novela Corta". En lo alto del cielo de Madrid, esa noche primaveral, la luna. Está ya allí, en la casa que todos llaman "de las Flores", el Caballero que nunca falta a la cita. La vida del poeta se extingue, sencillamente, serenamente. Su cara redonda, apacible, aquella cara siempre un poco asombrada y extática, parece sonreír, con una última sonrisa bondadosa. Camino del camposanto, los poetas jóvenes ponen sobre los mortales restos la capa del escritor. Con Emilio Carrere es enterrada, también, la bohemia.